

Lispeth

Rudyard Kipling

Traductor al español:

Simón Andrés Villegas

bhelenus@gmail.com

*¡Ay, han proscrito al Amor! ¿Qué dioses son estos
que ustedes me vendieron?
¿Los Tres en el Uno, el Uno en los Tres? ¡No es así!
Con mis propios dioses me voy ya.
Que en ellos encuentre yo mayor consuelo
que en su Cristo frío y sus enredadas Trinidades.*

Era la hija de Sonoo, un hombre de las Colinas del Himalaya¹, y de Jadeh, su esposa. Cierta año su cosecha se echó a perder, y dos osos se pasearon toda la noche por su único campo de amapolas, arriba del valle del Sutlej², en la comarca de Kotgarh³; así que, en la siguiente estación, se hicieron cristianos y llevaron su niña a la Misión para ser bautizada. El capellán de Kotgarh la cristianizó como Elizabeth, y “Lispeth” es como pronuncian el nombre los hombres de las Colinas en su lengua pahari⁴.

Más tarde, llegó el cólera al valle de Kotgarh: consigo se llevó a Sonoo y Jadeh, y Lispeth se convirtió en la criada y compañera de la esposa del capellán. Esto fue después de que los misioneros moravos abandonaron el lugar, y antes de que Kotgarh olvidase su título de “Amante de las colinas del norte”.

Si el cristianismo hizo mejor persona a Lispeth, o si los dioses de su pueblo hubieran hecho más por ella bajo cualquier circunstancia, es algo que yo no sé. Lo cierto es que creció hermosa. Cuando una joven de la Colinas crece hermosa hace valer la pena el viajar cincuenta millas sobre malos suelos nada más que para echarle un vistazo. Lispeth tenía un rostro griego, uno de esos que la gente suele pintar tan a menudo y que son tan raros de ver. Era de un pálido, suave color, y, para su raza, extremadamente alta. Además, tenía unos ojos encantadores y, de no haber llevado

¹ La región de las Colinas, en el Himalaya, se extiende por la frontera entre la India y Nepal.

² El Sutlej es el río más largo de la región del Punjab, tributario del Indo.

³ En el valle del Sutlej, a 48 km. de Shimla.

⁴ Los pahari son un grupo étnico de lengua indoeuropea, asentados en el Himalaya entre Nepal, Pakistán e India. Su nombre deriva de *pahar*, “colina”. Plinio y Heródoto los mencionan, y figuran en el *Mahabharata*. (*Encyclopaedia Britannica*).

encima esas ropas abominables⁵ de las Misiones, hubiera uno pensado que era, encontrándosela inesperadamente en las faldas de una colina, la Diana de los romanos, lista para cazar.

Lispeth abrazó el cristianismo fácilmente, y no lo abandonó al alcanzar su juventud, como sí lo hacen muchas de las jóvenes de las Colinas. Su pueblo la odiaba porque, según ellos, se había hecho una mujer blanca y se bañaba a diario; y la esposa del capellán no sabía qué hacer con ella. Uno no puede exigirle a una diosa, parada en sus tantos centímetros de alto, lavar platos y trastos. Ella jugaba con los niños del capellán y tomaba clases en la escuela dominical, leía todos los libros de la casa, y crecía más y más hermosa, como las princesas en las historias de hadas. La esposa del capellán decía que la muchacha debía tomar servicios en Shimla⁶ como enfermera o algo por ese mismo “gentil” estilo. Pero Lispeth no quería trabajar. Era muy feliz allí donde estaba.

Cuando los viajeros –que no eran tan numerosos por aquellos años– venían a Kotgarh, Lispeth se encerraba en su habitación por temor a que se la llevaran a Shimla, o a algún otro lugar del mundo desconocido.

Un día, pocos meses después de cumplir los diecisiete años, Lispeth salió a pasear. Ella no paseaba a la manera de las señoritas inglesas: una milla y media a pie, y en carruaje de vuelta. Cubría entre veinte y treinta millas en sus pequeños paseos, de ida y regreso, entre Kotgarh y Narkanda⁷. Esta vez, regresó en pleno ocaso, bajando a paso lento la falda a Kotgarh con algo pesado en sus brazos. La esposa del capellán estaba dormitando en la sala cuando Lispeth entró respirando fuerte, muy agotada. Lispeth descargó el bulto en el sofá, y dijo simplemente: “este es mi esposo. Lo encontré en la carretera de Bagi. Se ha lastimado. Lo cuidaremos, y, cuando esté bien, su esposo me casará con él”.

Esta fue la primera mención que Lispeth hizo de sus miras matrimoniales, y la esposa del capellán chilló con horror. Sin embargo, el hombre en el sofá le llamó la atención: era un joven inglés, y su cabeza había sido cortada hasta el hueso por algo muy agudo. Lispeth dijo que lo había encontrado bajando ya por la colina, de donde lo había recogido. Él respiraba como entrecortado, y estaba inconsciente.

Lo llevaron a una cama y fue atendido por el capellán, quien algo sabía de medicina; Lispeth esperó afuera, en caso de ser útil para algo. Esta le explicó al capellán que él era el hombre con quien ella pensaba casarse; y el capellán y su esposa la amonestaron severamente por la impropiedad de su conducta. Lispeth los escuchó callada, y repitió su primera proposición. A la cristiandad le toma mucho trabajo moderar los salvajes instintos orientales, tales como enamorarse a primera vista. Lispeth, habiendo

⁵ *print-cloths*: ropas bastas de algodón barato con un patrón de diseño único. (John McGivering, *Macmillan Standard Edition* (London)).

⁶ La ciudad de Shimla, o Simla, ubicada en el extremo norte de la India, fue, desde 1864, la capital de verano de la India británica.

⁷ Pequeño poblado en jurisdicción de Shimla.

encontrado al hombre que adoraba, no entendía por qué debía callar su decisión. Y no tenía, tampoco, intenciones de alejarse. Iba a cuidar a su inglés hasta que este estuviera en condiciones de casarse con ella. Este era su plan.

Después de dos semanas de fiebre e inflamación, el inglés recobró la consciencia y agradeció al capellán, a su esposa y a Lispeth –en especial a Lispeth– por su gentileza. Dijo ser un viajero por el Oriente –nunca se hablaba de “trotamundos” por esos días, cuando la flota de P. & O.⁸ era joven y pequeña–, y que había venido de Dehradun⁹ a cazar plantas y mariposas¹⁰ en las colinas de Shimla. Nadie en Shimla, por ende, conocía nada de él. Imaginaba que se debía haber resbalado por un precipicio mientras se inclinaba sobre un helecho de un tocón podrido, y que lo más seguro era que sus culis hubieran huido con su equipaje. Pensaba regresar a Shimla en cuanto estuviera restablecido, y dejó de amar al montañismo.

Se demoró en irse, pues se recuperaba lentamente. Lispeth no quería atender a las palabras del capellán ni de su esposa, por lo que esta última habló con el inglés y le contó todo lo referente a los sentimientos de Lispeth por él. Este se rio un buen rato, y dijo que aquello le parecía muy bonito y romántico pero que, al estar comprometido con una joven en su tierra, pensaba que nada iba a ocurrir. Ciertamente, él debía comportarse desde ahora con discreción. Eso hizo. Sin embargo, encontraba muy placentero hablar con Lispeth y caminar con Lispeth, y decirle cosas bellas y llamarla de modos cariñosos, mientras se iba fortaleciendo lo suficiente para poderse ir. Aquello no significaba nada para él; para Lispeth, lo era todo. Ella fue muy feliz mientras duraron las dos semanas, porque había encontrado un hombre a quien amar.

Siendo salvaje por nacimiento, ella no se molestó en ocultar sus sentimientos, y el inglés se divertía con ello. Cuando finalmente se fue, Lispeth caminó con él hasta Narkanda, triste y apesadumbrada. La esposa del capellán, como buena cristiana y contraria a los escándalos y alborotos –Lispeth estaba ahora completamente fuera de su influencia–, le había recomendado al inglés decirle a Lispeth que pronto regresaría para casarse con ella. “Ella, como sabes, no es más que una niña, y me temo que sigue siendo de corazón una pagana”, le dijo la esposa del capellán. Así que las doce millas subiendo la colina, el inglés, con su brazo en torno de la cintura de Lispeth, se fue asegurándole a la muchacha que iba a regresar y se casaría con ella; y Lispeth le hizo prometer una y otra vez. Ella lloró en los bordes de Narkanda hasta que él desapareció de su vista por la carretera de Muttiani.

Luego secó sus lágrimas y se volvió a Kotgarh, y le habló así a la esposa del capellán: “él regresará y se casará conmigo. Se ha ido con su pueblo para contarles”. Y la esposa del capellán calmó a Lispeth y le dijo a su vez: “sí, él regresará”. Al término de dos

⁸ La *Peninsular and Oriental Steam Navigation Company (P. & O.)* fue una compañía inglesa de barcos mercantes fundada en Londres en 1837. (*Encyclopaedia Britannica*).

⁹ Ciudad en el norte de la India.

¹⁰ Coleccionar mariposas fue un pasatiempo en boga entre las clases altas inglesas de la India durante el periodo victoriano.

meses, Lispeth se impacientó; le dijeron entonces que el inglés había cruzado los mares rumbo a Inglaterra. Ella sabía dónde estaba Inglaterra, pues había leído libros de geografía, pero, por supuesto, no tenía concepción alguna de la naturaleza del mar, siendo una joven de las Colinas. Allí en la casa había un rompecabezas con un mapamundi. Lispeth había jugado con él cuando era niña. Lo desempolvó de nuevo, y lo armaba en las noches, y lloraba, y trataba de imaginar por dónde andaba su hombre inglés. Como ella no tenía ninguna noción de distancias o barcos de vapor, sus ideas eran de cierto modo raras. Y no hacía mucha diferencia el que ella hubiera acertado en sus deducciones; el inglés no tenía intención alguna de volver y casarse con una muchacha de colinas. De hecho, la olvidó por completo mientras cazaba mariposas en Assam¹¹. Mucho después escribiría un libro sobre el Oriente. El nombre de Lispeth allí no apareció.

Tres meses pasaron y Lispeth caminaba a diario hasta Narkanda para ver si su inglés venía de regreso por la carretera. Esto la confortaba un poco y la esposa del capellán, viéndola más feliz, pensó que ya estaría olvidando su “bárbara y poco delicada locura”. Un tiempo después, las caminatas dejaron ya de ayudarle a Lispeth y su temperamento se hizo hostil. La esposa del capellán pensó que esta era la oportunidad para dejarle saber el verdadero estado de los asuntos: que el tal inglés solo le había prometido aquello para mantenerla callada, que él nunca quiso nada con ella, y que era erróneo y muy impropio en Lispeth pensar que iba a casarse con un inglés, quien estaba hecho de una mejor arcilla, además de estar comprometido ya con una muchacha de su propio pueblo. Lispeth dijo que esto era evidentemente imposible ya que él le había dicho que la amaba y la esposa del capellán, con sus propios labios, había asegurado que el inglés iba a regresar.

“¿Cómo puede ser falso lo que él dijo y usted me dijo?”, preguntó Lispeth.

“Eso lo dijimos, muchacha, como una excusa para mantenerte callada”, dijo la esposa del capellán.

“Entonces usted me ha mentado”, dijo Lispeth, “¿usted y él?”.

La esposa del capellán asintió con la cabeza, y nada dijo. Lispeth calló también; luego se fue por el valle abajo, y regresó vestida como una joven de las Colinas: notoriamente sucia, pero sin el aro de la nariz ni los pendientes. Llevaba su pelo entrenzado con hilos negros, tal y como lo llevan las mujeres de las Colinas.

“Me voy con mi pueblo”, dijo. “Ustedes han matado a Lispeth. Ya solamente queda la hija de la vieja Jadeh: la hija de un pahari y la sirviente de Tarka Devi¹². Todos ustedes, ingleses, son mentirosos”.

¹¹ Región en el noreste de la India, en el valle del Brahmaputra.

¹² Diosa del alba. (*John McGivering, Macmillan Standard Edition (London)*).

Mientras la esposa del capellán se recuperaba apenas del estupor provocado por el anuncio de Lispeth de haberse convertido a los dioses de su madre, la muchacha se fue, y nunca regresó.

Volvió con su gente que no se baña, salvajemente, como queriendo pagar las deudas de su vida malgastada afuera; en poco tiempo, se casó con un leñador, que la golpeaba a la manera de los pahari, y su belleza pronto se apagó.

“No hay ninguna ley con que puedas predecir los caprichos de los paganos”, decía la esposa del capellán, “y creo que Lispeth fue siempre una pagana de corazón”. A pesar de haber sido llevada a la Iglesia de Inglaterra a la edad de cinco semanas, ello no le aseguraba nada a la esposa del capellán.

Lispeth era una mujer muy vieja cuando murió. Siempre tuvo un perfecto dominio de la lengua inglesa, y cuando estaba lo suficientemente ebria solía contar la historia de su primer romance.

Era difícil comprender entonces cómo esa criatura llena de sueño y arrugas, ahí como un jirón de trapo quemado, había sido alguna vez “Lispeth, la de la Misión de Kotgarh”.